

y que esos síntomas adoptan la forma de la histeria, o sea, una patología que afecta al orden del deseo. Para acercarme a esa tesis desde mi enfoque debo resaltar ciertos puntos sostenidos por la autora, forzar levemente otros e introducir alguno nuevo.

— El placer, la mera satisfacción de la pulsión, no resuelve el deseo humano que, más allá de su objeto libidinal es deseo enfrentado a otro deseo. Según la concepción de Hegel y, más tarde, «puesta a trabajar» psicoanalíticamente por Lacan, el deseo humano es deseo de un deseo.

— Esto inserta la problemática del deseo en una dialéctica más amplia —la del dominio y sometimiento— constitutiva del orden humano en cuanto tal: cada uno debe arrancar al otro ese deseo que lo constituye, que le dice quién es, que le otorga identidad, que lo reconoce en su humanidad.

— Según el tipo de vínculo —económico, social, familiar, sexual— la oposición amo-esclavo adopta caracteres específicos. Pero, cualquiera sea la esfera, siempre hay en la libido una dimensión desexualizada —para tomar prestado un término de *El Yo y el Ello*— puesta en juego por esa dialéctica: es, como bien muestra E. D. B., la que atañe a la demanda de reconocimiento narcisista. El deseo no es entonces mero deseo del otro sino deseo de ser reconocido por el otro como persona. Hegel, en el célebre pasaje de la *Fenomenología del Espíritu* lo explica como una relación de conciencia a conciencia: «la conciencia de sí sólo logra su satisfacción en otra conciencia de sí».

— La sobredeterminación cultural de la diferencia anatómica entre los sexos, al instaurar una diferente valorización social de los géneros, convierte la relación hombre-mujer en un campo privilegiado, en un ejemplo paradigmático de la incansable lucha del ser humano por el reconocimiento de sí, lucha que pasa, según Hegel, por la dialéctica del dominio y de la servidumbre.

— Para nuestro propósito y usando libremente a Hegel, lo que interesa subrayar en el desarrollo de esa larga marcha (cuyo punto de partida, en cualquier esfera, es justamente la bipolaridad de uno que domina y otro que se somete) es la manera peculiar como se plasmó el destino de sometimiento que cupo a la mujer.

Hegel muestra que la situación inicial de sometimiento es la escuela de la libertad ya que el hombre no nace «naturalmente» libre. El ejercicio arbitrario del deseo no es libertad. El amo no es libre por ser amo. El esclavo, en cambio, *deviene* libre educando su deseo y conquistando su identidad en la disciplina del trabajo impuesto por el amo. La libertad *devenida* es la única concreta y efectivamente real. De ahí que, visto desde la filogénesis, la figura del amo es sólo un momento necesario para el engendramiento dialéctico del hombre libre en el siervo, que sabe de la libertad porque sabe de su servidumbre. Por eso, la figura cultural del siervo es la verdadera depositaria del *telos* histórico de la humanidad que debería tender al universal reconocimiento del hombre por el hombre en su dignidad plena, en su valor como sujeto libre entre sujetos libres.

Pero no sólo los amos han obstaculizado esa meta: *la impotencia de los esclavos ha marcado su forma de rebelarse volviéndola muchas veces impotente.*

— Con ayuda de Nietzsche y Freud es posible leer la otra cara de la parábola del servilismo. Considerando que el siervo ha de cumplir este proceso de liberación *desde el sometimiento* se advierte que, en su lucha por hacerse reconocer, el sometido accede a su vez a formas de sometimiento trastocadas, desplazadas, subrepticias. Ningún esclavo

vo está totalmente desprovisto de recursos para tratar de invertir la asimetría de su relación con el amo y para encontrar mecanismos perversos a fin de someter a su vez. Rebelión viciada. Los seres a quienes se prohíbe la verdadera satisfacción de la acción sólo encuentran una vía de escape, dirá Nietzsche, actuar por reacción. Sin llegar a la negación combativa oponen al dominador un «no» secreto e íntimo que se expresa en formas indirectas, por caminos desviados y sustitutivos. Así explica la memorable «rebelión de los esclavos» en la *Genealogía de la Moral*. El judeocristianismo, ideología de esclavos frente al paganismo, funda su largo reinado en esta inversión exitosa: hay que convertir la impotencia en fuerza, hay que hacer valer como virtud del espíritu el instinto reprimido. En esta distorsión se afirmó su dominio.

— Es preciso recoger el guante machista que Nietzsche nos arroja —las mujeres somos el más refinado ejemplo de sometido-sometedor— a fin de rescatar, con afán autocrítico, la profunda verdad que encierran sus análisis: el siervo, en tanto siervo, no puede dominar y afirmarse más que bajo formas aberrantes y vicarias, convirtiendo, trastocando, desplazando, metaforizando.

— Dentro de los estrictos marcos de una reflexión psicoanalítica E. D. B. da contenidos explícitos y precisos a estas proposiciones generales de una teoría de la cultura: la histeria es esa forma, vicaria y sintomal, que la mujer encuentra para oponerse al amo y rebelarse. La histeria adquiere así una dimensión cultural y estructural que, al mismo tiempo justifica su universalidad —atañe a los conflictos de la identidad genérica— y la desnaturaliza: tales conflictos no vienen del útero sino de la herida narcisista que la valorización cultural ha infligido desde siempre a la feminidad. «La histeria no es sino el síntoma de la estructura conflictual de la feminidad en nuestra cultura».

Emancipando así la visión del problema del peso del determinismo biológico, queda despejada para la mujer la posibilidad de pensar y encaminar su «destino» de esclava en términos histórico-culturales —regidos por el cambio— y no naturales, anclados en una inmutabilidad fatalista.

«El reverso del destino es la conciencia, la libertad» reza el texto de Octavio Paz que sirve de epígrafe al libro. Y es por allí por donde nos reencontramos con Hegel y quizá podamos entender que, contra cualquier evidencia inmediata, la figura del amo esté condenada al retroceso en toda ocasión en que se mide con un avance de la conciencia. Aunque la mutua dependencia de las figuras del dominio y del sometimiento se renueve incansablemente, como las cabezas de la hidra, cada paso de la conciencia de sí, de una clase de sometidos, incorpora su propia dialéctica a la lógica inflexible de la libertad entrevista por Hegel, una lógica que hace depender el futuro de la historia del silencioso trabajo de zapa de los esclavos.

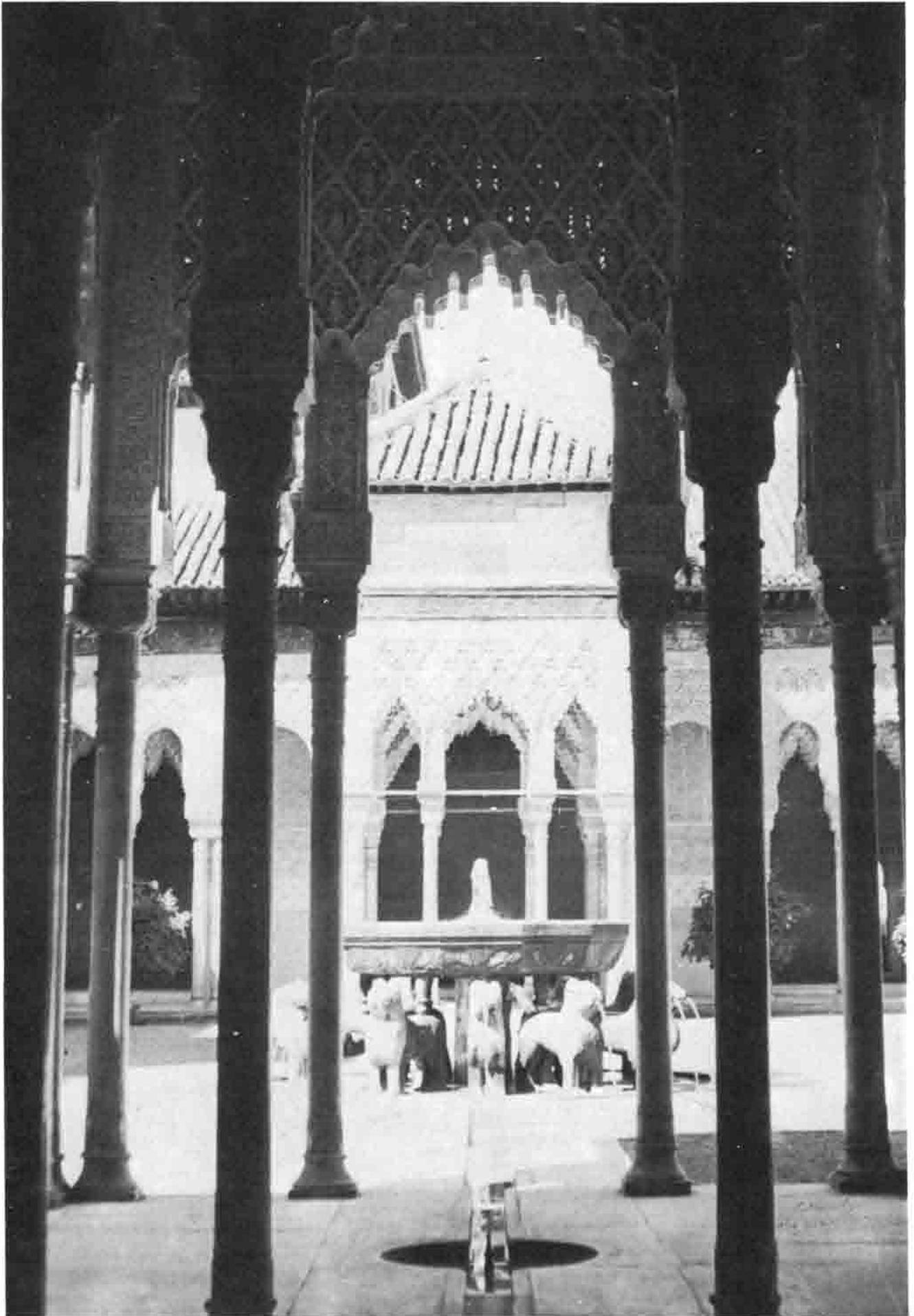
NELLY SCHNAITH

El cuarto de los leones, sombra del paraíso

—«Muley, nos quedan los jardines.» Con esta respuesta ilusionada y palpitante, como los múltiples y diminutos centelleos de las caserías de la vega que se abría ante su asombro, Abencomixa, el viejo y taciturno visir nazarí, contesta al desolado requerimiento de Boabdil, último sultán granadino, en un imaginado y fantasmagórico paseo nocturno por los Alcázares de la Alhambra que el genio de un singular arabista ideara. Los jardines, cierto es que a la ciudad le resta ese epicúreo consuelo. Granada supo, como nadie, disecar la nostalgia del Edén, y, en el trasfondo del ilusionismo decorativo del Islam, ha robado al más allá una parcela de ensueño: el jardín/paraíso, la cósmica unidad de un mágico sistema de audacias de la imagen, en medio de las que vive —misterioso y sorprendente— sujeto a los embates rítmicos del azar. Del inseguro azar de las frágiles y quebradizas arquitecturas que lo encierran. El Cuarto de los Leones de la Alhambra es la más refinada experiencia de esta metáfora. Se le ha comparado a un claustro medieval, pero, sin duda, le falta ese ascetismo zahareño y frío del cenobio cristiano y, por el contrario, abunda en deslumbradoras paradojas de insomnes vegetales, hallazgos sorprendentes y larvados atauriques que inquietan su tranquilidad aparente. En medio de este reinado de lo inmediato, entre arabescos perpetuamente acordes, como una letanía piadosa y eterna: el tiempo. Una realidad tan familiar e irrepresentable como el tiempo.

La distribución de los espacios gira aquí en torno al epicentro de la fuente, cuya importancia es la clave del conjunto. Todo se arrebató al horizonte y se encadena al jardín. El ritmo se sincopa y obstaculiza con los continuos preciosismos de las perspectivas, se disgrega todo o se alza a las miradas, se sofoca y condensa la armonía entre los muros para destilarnos su sombra y su perfume. La fuente se desangra en las cuatro direcciones cardinales —émula de los ríos del evocado Edén— asietando al paseante con las gotitas de su diminuto aljófár y los afiligranados venablos de sus versos:

*¡Bendito Aquel que dio al imán Mubammad
preceptos que embellecen sus mansiones!
pues, ¿por ventura no hállanse aquí maravillas
que Dios quiso fueran en su hermosura impares
y una taza de perlas de traspasada claridad
que sus bordes adorna con burbujas de aljófár?
Líquida plata corre entre las perlas
semejando a ellas en su nítida blancura.
Mármol y agua parece que se funden
sin alcanzar a saberse cuál de ambos fluye.
¿No ves, acaso, el agua desbordar la fuente
ocultándose luego en sumideros?*



La Alhambra. Patio de los Leones. Granada